



La presidenta mexicana promete no declarar la «guerra contra las drogas», pero la represión contra los narcos indica un cambio de rumbo

By Patrick J. McDonnell and Kate Linthicum

March 3, 2026 3 AM PT



En el último año, se han desplegado tropas mexicanas por todo el país para sofocar la violencia relacionada con el narcotráfico, arrestando a legiones de miembros de cárteles, incautando toneladas de drogas ilícitas y desmantelando cientos de laboratorios clandestinos.

Saltándose el proceso habitual de extradición, México envió a decenas de sospechosos de pertenecer a los cárteles a Estados Unidos para que se enfrentaran a la justicia, una medida sin precedentes.

Y, en el golpe más sensacional asestado recientemente al crimen organizado, las fuerzas especiales mexicanas localizaron y mataron el mes pasado a Nemesio Rubén Oseguera Cervantes, conocido como «El Mencho», el jefe del famoso cártel Jalisco Nueva Generación, que llevaba mucho tiempo prófugo.

¿El regreso de la guerra contra las drogas?

De ninguna manera, insiste la presidenta Claudia Sheinbaum.



«Queremos paz, no guerra», dijo la semana pasada. «La estrategia no ha cambiado».

Muchos no están de acuerdo.

Los legisladores de la oposición y otros celebran lo que denominan la ruptura de facto de Sheinbaum con el controvertido enfoque de «abrazos, no balas» del expresidente Andrés Manuel López Obrador, predecesor y mentor de Sheinbaum.

López Obrador abandonó la «guerra contra las drogas» militarizada de las administraciones anteriores, que, según él, solo avivaba la violencia y convertía a México «en un cementerio». En su lugar, se centró en atacar las causas fundamentales de la delincuencia, como la pobreza y la escasez de oportunidades para los jóvenes.

Muchos se burlaron de su experimento calificándolo de fracaso: durante los seis años de mandato de López Obrador, los homicidios y las desapariciones alcanzaron niveles récord y los cárteles ampliaron su territorio.

La caída de Oseguera es vista por muchos como un punto final que marca el fin de lo que los críticos consideraban el enfoque pasivo de López Obrador.

«El fin de los abrazos», rezaba un titular del periódico mexicano Excélsior.

«La idea de que el crimen organizado se retiraría ante la inacción o la benevolencia de las autoridades solo permitió un crecimiento exponencial de los grupos criminales, dotándolos de una sensación de impunidad», escribió el columnista de Excélsior Pascal Beltrán del Río.

Para Sheinbaum, la captura de Oseguera puede haber tenido otro efecto: rechazar el deseo, expresado en numerosas ocasiones por el presidente Trump, de intervenir en las guerras entre cárteles en México, una línea roja para la presidenta. Ella considera que la participación directa de Estados Unidos es una violación de la soberanía de México.

La operación contra Oseguera contó con información de inteligencia proporcionada por Washington, pero ninguna tropa estadounidense participó en la redada, según funcionarios estadounidenses y mexicanos.



«Sheinbaum ha demostrado que la cooperación y el intercambio de inteligencia pueden producir los resultados que Trump desea, y que las tropas mexicanas están equipadas para derribar objetivos de alto valor», dijo David Mora, del International Crisis Group, una organización sin fines de lucro con sede en Bruselas dedicada a la resolución de conflictos.

A pesar de que sus tácticas de línea dura han tenido cierto éxito, Sheinbaum no ha renunciado a los preceptos de López Obrador, quien, aunque retirado, sigue siendo una figura venerada e influyente.

«La presidenta Sheinbaum no quiere contradecir a Andrés Manuel», dijo Víctor Manuel Sánchez Valdés, analista de seguridad, refiriéndose a López Obrador, fundador del ahora dominante partido Morena, al que representa Sheinbaum. «Pero al final, está claro que "abrazos, no balas" no produjo los resultados deseados».

A pesar del asesinato de Oseguera, Sheinbaum tiene un largo camino por recorrer para domar a los cárteles profundamente arraigados. La policía, los jueces, los fiscales y otros elementos del aparato de justicia penal de México siguen sin estar preparados para enfrentarse a las mafias bien armadas y multimillonarias que dominan vastas zonas del país.

Según sus detractores, Sheinbaum ha fracasado especialmente a la hora de afrontar un reto clave: purgar a los políticos corruptos, los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley y otras autoridades, incluidos los vinculados a su partido gobernante. Los libros de contabilidad escritos a mano que se encontraron en el escondite de Oseguera en la montaña apuntan a un sistema institucionalizado de sobornos pagados regularmente a funcionarios compinchados con el cártel.

«El Gobierno sigue protegiendo a actores que tienen mucha influencia política», afirma Sánchez Valdés. «Existe una tolerancia continua hacia la corrupción».

La presión de Trump no es el único factor que empuja a Sheinbaum a actuar con decisión contra las organizaciones criminales. Aunque el presidente cuenta con un índice de aprobación superior al 70 %, muchos mexicanos están hartos de la anarquía reinante.



Las encuestas muestran que un número significativo de personas está a favor de una mayor participación de Estados Unidos en la lucha de México contra el crimen organizado. Algunos mexicanos incluso afirman que no se opondrían a la presencia de tropas estadounidenses en el país.

No es de extrañar, pues, que la estrella indiscutible del gabinete de Sheinbaum sea el secretario de Seguridad, Omar García Harfuch, conocido por su discurso contundente y rostro visible de la ofensiva del Gobierno contra los cárteles. García Harfuch goza de una considerable credibilidad en las calles: sobrevivió a tres heridas de bala en un intento de asesinato por parte de los cárteles en 2020 que se cobró la vida de dos guardaespaldas y un transeúnte. Sus frecuentes anuncios de operaciones contra los cárteles se han convertido en un sello distintivo de su administración.

García Harfuch también fue asesor de seguridad de Sheinbaum durante su anterior mandato como alcaldesa de Ciudad de México. Su administración logró reducir la delincuencia en la capital, que ahora registra menos asesinatos per cápita que muchas ciudades estadounidenses. Sin embargo, muchos cuestionaron si sus técnicas preferidas —basadas en gran medida en la recopilación de información y la cooperación entre las fuerzas del orden— funcionarían a escala nacional. El ataque al escondite de Oseguera puso de manifiesto la disposición de Sheinbaum a aceptar un enfoque más dinámico, a pesar de los riesgos.

Sheinbaum sigue siendo una firme defensora de las actividades educativas, deportivas y culturales para ofrecer a los jóvenes alternativas a unirse a los cárteles, que se encuentran entre los mayores empleadores del país y son idolatrados en baladas, programas de televisión y películas.

«Nuestra idea es que los jóvenes nunca vean el crimen como una opción de vida», dijo Sheinbaum. «El crimen es una opción de muerte».

México ha vuelto en gran medida a la normalidad desde la muerte de Oseguera y el espasmo de anarquía que le siguió.

Sin embargo, mientras el país se prepara para albergar partidos de la Copa del Mundo en Ciudad de México, Monterrey y Guadalajara, muchos temen que se produzcan nuevos brotes de violencia. En el pasado, los vacíos de liderazgo en los cárteles han dado lugar a prolongadas luchas por el poder, ya que los posibles sucesores de los capos fallecidos compiten por el control.



«Capturar a un importante narcotraficante no librará al Gobierno de unas consecuencias desagradables», afirmó Mora, del International Crisis Group.

Los mexicanos son muy conscientes de los riesgos.

«La historia nos enseña que la caída de un narcotraficante importante no reduce la violencia, sino todo lo contrario: la violencia se multiplica, como una mala hierba», afirmó Rodolfo Soto, de 54 años, conductor de minibús en Puerto Vallarta.

Puerto Vallarta, un destino turístico muy conocido en el estado de Jalisco, fue una de las zonas más afectadas durante los ataques de represalia tras el asesinato de Oseguera. La ciudad quedó prácticamente paralizada, ya que los residentes y turistas corrieron a refugiarse y las columnas de humo de los incendios oscurecieron la vista del Pacífico.

«Todos tememos que esto empeore y que nos veamos atrapados en medio», dijo Soto. «El turismo es nuestro sustento aquí».

Una cosa está clara: pocos mexicanos parecen lamentar el aparente fin de la era de «abrazos, no balas».

«Nunca apoyé la política de 'abrazos en lugar de balas'», dijo Marisol Morales, de 41 años, subdirectora de una escuela primaria en la ciudad portuaria de Manzanillo, en el Pacífico. «¿Cómo se puede abrazar a personas que cometen delitos?».

[No 'war on drugs,' Mexican president vows, but crackdown on narco signals turnaround - Los Angeles Times](#)